

Ángel González

Verónica Leuci
Conicet- UNMDP (Celehis)

No confundo, por supuesto, la poesía con la vida, la realidad con el arte; sé muy bien que son cosas distintas. No las confundo, pero sí las fundo (...) La poesía que prefiero es la que lo conserva todo: la figura del mundo y el mundo figurado.

Ángel González

Al leer la obra poética de una de las voces más fecundas de la poesía social española, Ángel González (1925-2008), sobresale la presencia recurrente de nombres propios dentro de los poemas, especialmente, el nombre de autor. Tal incorporación se torna sugerente porque nos sitúa, como lectores, en un espacio interesante: en el vaivén entre “el personaje de papel” que se superpone, nominalmente, con el autor que firma la portada. Esta coincidencia onomástica – presente también en otros poetas del período, como José Hierro, Blas de Otero, Jaime Gil de Biedma... - parece una entrada novedosa para la poesía gonzaliana, eludiendo el acercamiento historicista desde el cual es frecuentemente asediada, y proponiendo en cambio la exploración de este singular procedimiento en la configuración del sujeto poético que se instala (nos instala) en el cruce de la Historia – el testimonio, la referencia – y la ficción.

Los textos en los que se incluye el nombre autoral se esparcen a lo largo de su poesía acompañando los múltiples postulados que, en el eje autorreferencial de la escritura, explicitan la mirada del poeta respecto de su labor creadora. En la confluencia de ambas matrices, entre la autoficción y la autorreferencia, se construye un sujeto emplazado en el cruce de tensiones diversas: lectura/ escritura, historia/literatura, autobiografía/ficción, etc.

En primer lugar, en *Áspero mundo*, de 1956, se configura un sujeto-poeta a través de textos metapoéticos que establecen las coordenadas escriturarias en relación con la propia poesía y, también, con la poética social en la que ésta se inserta. Así, podemos reconocer una enunciación próxima a los planteos sociales vigentes en la posguerra, que serán reafirmados asimismo en su segundo poemario, *Sin esperanza, con convencimiento*, de 1961. Allí, se prosigue en la estela del compromiso en una poesía que se proyecta hacia la serie social: “cuando un nombre no nombra, y se vacía,/ desvanece también, destruye, mata/ la realidad que intenta su designio”(González 109).

Ahora bien, en 1967, *Tratado de urbanismo* representa una quiebra respecto de estos planteos iniciales, a partir de un texto clave que revierte las formulaciones anteriores: “Preámbulo a un silencio”. Con este poema se cuestiona la utopía *engagée* para dar paso a una visión escéptica respecto del acto poético, enunciada bajo la desconsoladora fórmula de “la inutilidad de todas las palabras”. A partir de aquí, es posible advertir un segundo momento, más próximo a la “antipoesía”, merced a una marcada tendencia irreverente, paródica e irónica, que podemos ejemplificar con los elocuentes títulos de algunos de sus libros: “Procedimientos narrativos”, “Breves acotaciones para una biografía” o “Muestra, corregida y aumentada, de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan”. No obstante, este tono “antipoético” es abandonado paulatinamente, primero en *Otoños y otras luces*, de 2001, hasta alcanzar una dicción marcadamente elegíaca en el póstumo *Nada grave*, de 2008.

A este itinerario, extraído de la prolífera flexión autorreferencial de su poesía -y que, desde luego, representa un sucinto recorte que exige ser ampliado - es posible añadir por su parte los poemas que surgen desde la vertiente “autoficcional” que atraviesa su obra. En esta nueva modulación, podemos considerar los textos en los cuales el sujeto coincide con la figura de poeta, en especial a partir de la inclusión del nombre propio. Estos “poemas nominados” recorren su trayectoria poética como manifestaciones que condensan y acompañan, con la presencia del antropónimo, los planteamientos metapoéticos que hemos compendiado hasta aquí. El “Para que yo me llame Ángel González” que inaugura el primer poemario, por ejemplo, cifra la preocupación social inicial, a través de un sujeto que se manifiesta con su rostro “histórico”: una identidad individualizada y parte a la vez, en su conciencia genealógica, de la historia de la humanidad:

Para que yo me llame Ángel González,
para que mi ser pese sobre el suelo,
fue necesario un ancho espacio
y un largo tiempo
(13).

El nombre propio es el que hace plena la palabra poética, el que reafirma la voz y la identidad del sujeto. Esta postura será trocada en poemas posteriores, que desde un paulatino escepticismo cuestionan la relación “palabra/cosa”. En el mencionado “Preámbulo a un silencio” el sujeto muda su posicionamiento: no sólo abandona su labor testimonial, sino que en un gesto radical la enunciación está a cargo de un sujeto desengañado y escéptico frente a la posibilidad misma de la representación. Y es en la máscara autoficcional en donde esta actitud alcanza su punto máximo:

Ángel,
me dicen,
y yo me levanto
(...)
y sonrío y me callo porque, en último extremo,
uno tiene conciencia de la inutilidad de todas las palabras (212)

Luego de *Tratado de urbanismo*, el *sujeto autoficcional* dejará de coincidir plenamente con la figura de poeta: sólo “Ángel” nominará al sujeto, sin apellido. Es posible ver este desplazamiento en dos oportunidades. Por un lado, en “Siempre lo que quieras”, incluido en *Breves acotaciones para una biografía* (1969), en donde el nombre provoca un extrañamiento a partir de su objetivación: “Pero ya te lo dije:/ cuando quieras marcharte ésta es la puerta:/ se llama Ángel y conduce al llanto”(239). Este desdoblamiento se refuerza no obstante en el poema “De otro modo”, de *Deixis en fantasma* (1992). El “fantasma” al que se alude, en consonancia con el título del poemario, es el propio sujeto que no se reconoce en la escritura de su nombre. En la cima de la afirmación de su identidad se desconoce, se extraña, en una actitud que nos reenvía al famoso verso final del poema homónimo de García Lorca: “¡Qué raro que me llame Federico!”, que González retoma: “cuando escribo mi nombre,/ lo siento extraño./ ¿Quién será ése?/ - me pregunto./ Y no sé que pensar./ Ángel./ Qué raro” (417). Por último, en *Nada grave*, ya sin la presencia explícita del antropónimo, el sujeto entrecruza en los tramos finales de la escritura poesía y vida, en la conciencia desoladora de un final que se vislumbra tanto poético como biográfico: “Yo soy un fingidor; yo, no el poeta./ Ahora habla el hombre”(49).

A la luz de los poemas analizados, podemos advertir distintas facetas en la constitución de un *sujeto autoficcional* en la poesía gonzaliana, que se inscribe en el territorio fronterizo y paradójico del “ser y no ser” a la vez. El nombre del autor nos posiciona como lectores en el borde entre la vida y la poesía o, como dice González, entre “ser creador y ser criatura” del poema (1984: 1). La utilización del nombre propio permite condensar los postulados que, a lo largo de sus libros, determinan distintos momentos de su obra: desde la “palabra temporal” de la primera etapa hasta el escepticismo que atraviesa sus libros posteriores y que desemboca, finalmente, en un tono plenamente elegíaco y desolado. El “Ángel González” que se presenta en su poesía permite dar cuenta entonces de un posicionamiento doble del sujeto, entre la historia y la literatura, entre la ficción y la referencia, entre su rostro “histórico” y su rostro de “poeta”. Hablar de “autoficción” pues – de poemas autofccionales, de sujeto autoficcional – parece una llave atractiva para sortear antinomias en apariencia irreconciliables, ya que esta nueva modalidad se construye en el lugar mismo del cruce, en la intersección entre los distintos términos en litigio o, utilizando una expresión de Combe, en el espacio del “entredós”. Como decía González en el epígrafe con que iniciamos estas líneas, “entre la figura del mundo y el mundo figurado”: en la encrucijada –siempre irresuelta y dinámica – de la vida y la escritura.

Bibliografía:

- Alberca, Manuel (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción* (Prólogo de -Justo Navarro). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Combe, Dominique (1999). “La referencia desdoblada: el sujeto lírico entre la ficción y la autobiografía” en Cabo Aseguinolaza, Fernando (ed.). *Teorías sobre la lírica*. Madrid: Arco, 127-154.
- González, Ángel (1984). “Sobre poesía y poetas” en *Peña Labra. Pliegos de poesía*, N° 52, otoño.
- (2008). *Nada grave*. Madrid: Visor.
- (2010). *Palabra sobre palabra* (Obra completa).Barcelona: Seix-Barral.
- Scarano, Laura (2011). “*Nada grave* o grave nada: La mueca póstuma de Ángel González”, en *Archivum*, Universidad de Oviedo, LX, 2011, 9-25.